

Dios, (1). ¡Hé ahí, pues, á Dios cómplice del asesinato! Y, en efecto, bajo el punto de vista de la Iglesia, de la causa de Dios es de lo que se trata en las matanzas religiosas.

Después de los asesinatos, la guerra. Pero no era tan fácil vencer á los hugonotes en el campo de batalla como quemarlos y asesinarlos, y fué preciso tratar con ellos. Parecía que la paz de Orleans iba á poner fin al furor de las pasiones religiosas: ¿por qué no fué más que una corta tregua? Los historiadores católicos imputan la responsabilidad de las guerras que renacían incesantemente á las intrigas de los partidos y á la ambición de algunos hombres; pero hay una causa más profunda: si las paces de religión no fueron más que treguas, fué porque la Iglesia no quería la paz. En el momento en que se hizo el convenio de Orleans estaba reunido el concilio de Trento: ¿cómo fué acogido por los Padres, cuya convocación había tenido por objeto devolver la unidad y la armonía á la cristiandad? El papa escribió que, al hacer el rey de Francia la paz con los herejes, había faltado á sus deberes para con Dios, y vió en esto el principio de un cisma (2). Los Padres vituperaron duramente al rey y á su consejo, y dijeron que habían incurrido en la excomunión por haber tratado con los herejes (3), no habiendo más que una esperanza de salvación para la Francia, la de que el rey se hiciera levantar las censuras y persiguiera con todas sus fuerzas á los hugonotes (4).

En realidad, no era más que un engaño la paz con los reformados; fué firmada con la resuelta intención de no observarla. En vano reclamaron los hugonotes contra este desprecio de la fe jurada; los católicos tenían de su parte la autoridad infalible del vicario de Dios: Pío V aplaudió al duque de Nemours por haberse opuesto á la ejecución de la paz en Lyon y en Grenoble, y lo alabó de haber dado el ejemplo de una santa desobediencia. ¡Admiremos las lecciones de moralidad que da el papado á los pueblos cristianos! Y no son ya los tiempos de Alejandro VI; se está en plena reacción católica; Pío V es un santo, y este papa canonizado, este vicario infalible de Dios, no

(1) DE BEZE, *Histoire ecclésiastique*, II, 396-402.  
(2) LE PLAT, *Monumenta concilii Tridentini*, t. VI, p. 158.  
(3) SARPI, *Istoria del concilio Tridentino*, VII, 82.  
(4) Breve del 5 de Julio de 1578.—SOLDAN, *Geschichte des Protestantismus in Frankreich*, t. II, p. 306.

tiene más que palabras de elogio para los que violan sus juramentos. Hé ahí la moralidad católica; es la moralidad de una secta estrecha que no ve más que condenados fuera del círculo de su Iglesia, pues entre los hijos de la Luz y los de las Tinieblas no hay nada de comun, no existe ningún vínculo, ni aún el de la fe jurada. De tal manera estaba falseado el sentido moral de los católicos, que lo que la razón ilustrada de nuestro tiempo condena era aprobado en el siglo XVI y servía de título de santidad: ¡el biógrafo de Pío V lo celebra por haber encendido la tercera guerra civil en Francia! (1).

No había dinero para hacer la guerra á los hugonotes, y el papa lo encontró. La Iglesia poseía inmensos dominios, donación de los fieles, que debían servir, según la intención de los fundadores, para socorro de los pobres. Cuando el Estado tomó del clero las riquezas de que éste no tenía más que la administración, y que empleaba en alimentar la ociosidad, el lujo y la disolución, lo acusó el papado de expoliación y robo; y hé aquí al vicario del Cristo que autoriza la venta del patrimonio de los pobres, poniendo esta condición verdaderamente evangélica: ¡que el precio había de servir para hacer una guerra de exterminio á los protestantes! (2). Y no era el exterminio una figura retórica en los labios de Pío V. No se contentó el soberano pontífice con dar subsidios al rey de Francia; le envió un cuerpo de tropas auxiliares; y ¿qué instrucciones dió el santo padre á estos soldados de Dios? Prohibió al conde de Santa Fiore, su general, que diera cuartel á ningún hugonote, y le ordenó que matara en el acto á cuantos cayeran en sus manos (3). La victoria favoreció al ejército católico. Podría creerse que el triunfo había de aplacar á aquella alma de inquisidor é inspirarle alguna piedad con los vencidos; mas la piedad con los herejes sería un crimen. Oigamos la voz de un santo recomendando un rigor inexorable á una mujer y quejándose de que se perdona á los prisioneros. Pío V escribe á Catalina de Médicis: "De ninguna suerte ni por ningún motivo se puede otorgar gracia á los enemigos de Dios... Ningún respeto hu-

(1) GABUTIUS, *Vita Pii V*, p. 69 (*Acta Sanctorum*, Mai, t. I).  
(2) *Bullarium Magnum*, t. III, Addenda, p. 149.  
(3) CATENA, *Vita di Pio V*, p. 85. "Pío si dolse del conte che non havesse il comandamento di lui osservato d'ammazzar subito qualunque heretico gli fosse venuto allemani."

mano os debe inducir á perdonar á los que no han perdonado jamás á Dios, ni á vos misma... Sólo con el completo exterminio de los herejes podrá devolver el rey á ese noble reino su antigua religión. Nós hemos sabido que algunas personas traen bajan por salvar la vida de un cierto número de prisioneros; debéis hacer todos vuestros esfuerzos para que esto no suceda y para que estos malvados sean entregados á justo suplicio, (1). La sociedad laica no tiene idea de la fuerza del odio que llena el alma de los santos cuando se trata de la causa de Dios. Los soldados se cansan de matar, aún los feroces guerreros del siglo XVI. Se abrieron negociaciones de paz; y Pío V, indignado, escribió cartas sobre cartas á la reina madre, al rey, á los grandes del reino, para impedir que se hiciera la paz: "Como no puede haber comunión entre Satanás y los hijos de la Luz, dice el papa, debe tenerse por seguro que no puede haber ningún arreglo entre católicos y herejes, sino llenos de ficción y de fraudes, (2). Cuando se concluyó la paz de San German, la condenó Pío V, como si fuera el mayor de los crímenes; y sin tenerla en cuenta, excitó á los cardenales de Borbon y de Lorena á hacer una guerra implacable á los herejes, guerra que no debía acabar sino con su exterminio (3).

### III.

Hé ahí la primera y la última palabra del papado: el jefe de la Iglesia, el papa que habla en nombre de Dios, que se llama infalible, impone como un deber á los católicos el combatir hasta la muerte á los herejes. ¿Cómo no habían estas incesantes provocaciones de excitar pasiones culpables en las clases que quedaban fieles á la voz del soberano pontífice? Los furros de la Liga han espantado á la posteridad. ¡Nada hay tan terrible en los anales del 93 como el espectáculo de estos furiosos, de estos ungidos del Señor, que, no contentos con predicar el asesinato, querían santificarlo todavía en nombre de un Dios de amor!

(1) *Epist. Pii V*, 28 de Marzo y 13 de Abril de 1569: "Nullo modo, nullisque de causis hostibus Dei parcendum... Homines sceleratissimi iustis afficiantur suppliciis."  
(2) DE POTTER, *Lettres de Pio V*, p. 83.  
(3) DE POTTER, *Lettres de Pio V*, p. 119: "No se puede llamar paz, dice, el tratado en el cual se han impuesto al rey cristianísimo por hombres depravados leyes tan infames y tan funestas á la religión católica. Consideramos esta paz como el golpe más funesto de cuantos ha sufrido Francia durante la guerra civil."

Desde 1565 existían las asociaciones católicas. ¿Quién las formó? ¿Qué pensamiento presidió á su formación? Un hombre que jugó un funesto papel en la más cruel de las matanzas, Tavannes, iniciado en todos los secretos de su partido, dice que "la Liga fué concertada en el concilio de Trento por el cardenal de Lorena, bajo el título de *Fraternidad de los católicos en Francia*, á cuyo efecto ofreció el cardenal sus sobrinos, parientes y amigos; y aplaudido y aceptado desde luego el pensamiento por el papa, volvió el cardenal á Francia y persuadió á sus amigos, (1). Se ha llamado *santa* la Liga, dice Tavannes, "porque *Su Santidad* la ha ordenado inspirado por los ángeles, (2). Hay más: la Liga no es un efecto de la prudencia humana; es "una voz de Dios que ha enardecido los corazones de los católicos, (3). ¿Qué fin se proponía esta institución divina? "Todos los asociados juraban que no perdonarían ni sus bienes, ni su vida, ni la de sus hijos para exterminar enteramente á los hugonotes, (4). Era una cruzada; y así como los papas prometían el paraíso á los que combatían á los infieles, la Liga prometía á sus cómplices la salvación eterna: un obispo dice que todos los que entraran en la santa asociación "serían salvos después de su muerte y eternamente bienaventurados, aún cuando hubieran matado á su padre, á su madre, á sus hermanos y cometido toda clase de atrocidades, (5). ¡Desgraciados de los que se negaban á alistarse entre estos furiosos! Las puertas del cielo les estaban para siempre cerradas: "Los capítulos prohibían á todos los curas y vicarios, so pena de excomunión y de suspensión de sus cargos, dar la absolución y recibir al Santo Sacramento á aquellos de sus feligreses que no se obligaban bajo juramento á firmar la Liga, (6). Para perder á sus adversarios, los predicadores los perseguían con estúpidas calumnias que recuerdan los sermones electorales de nuestro tiempo: "Enrique IV, dice el cura de San Andrés, nos quitará

(1) TAVANNES, *Mémoires* (PETITOT, XXIV, 456).  
(2) TAVANNES, *Mémoires* (PETITOT, XXV, 329).  
(3) Instrucción de la Liga á los diputados enviados al papa, (*Mémoires de la Ligue*, t. III, p. 320).  
(4) *Mémoires de Condé*, t. V, p. 316.—CASTELNAU dice que desde 1561 se hablaba de una sublevación universal de todos los católicos de Francia para exterminar á los hugonotes (PETITOT, tomo XXXIII, p. 339).  
(5) ROSS, obispo de Senlis, en LABITTE, *La démocratie de la Ligue*, p. 66.  
(6) *Mémoires de la Ligue*, t. II, p. 255.—*Archives curieuses*, tomo XII, p. 337.

nuestra religion, nuestra santa misa, nuestras bellas ceremonias, nuestras reliquias, hará de nuestras hermosas iglesias cuerdas para sus caballos, matará á nuestros sacerdotes, y hará de nuestros ornamentos, de nuestros adornos y mantos, calzas y libreas para sus lacayos. Y esto es tan cierto, añadió este furioso, como es verdad el Dios que voy á comer ahora,, (1).

Este odioso charlatanismo da una idea de las pasiones que animaban á los partidarios de la Liga; no las ocultaban; resonaban en los púlpitos palabras horribles. Algunos días ántes de la muerte de Enrique III, sintiendo escrúpulo de celebrar sus Pascuas uno de los jefes de la Liga, á causa de los sentimientos de venganza que abrigaba en su alma, consultó á su cura: "De poco teneis remordimiento, le respondió el hombre de Dios; yo, que consagro diariamente en la misa el precioso cuerpo de Nuestro Señor, no tendría ningun escrúpulo en matar al tirano, á ménos que fuera en el altar y tuviera una hostia en la mano,, (2). La nobleza vacilaba en lanzarse á vías de sangre, y vacilaba el rey en hacerse el verdugo de su pueblo; predicadores fanáticos se encargaron de ahogar todo instinto de humanidad, condenándola como un crimen contra Dios. Oigamos al obispo de Xaintes: "Nuestra nobleza no quiere herir á los herejes. ¿No es una gran crueldad, dicen, tirar del cuchillo contra su hermano? Yo digo que no tienes religion, porque no quieres herir al hugonote. Así hará Dios un día justicia, y permitirá que esta bastarda nobleza sea aplastada por la plebe,, (3). Otro obispo dice en plena cátedra que, si el rey Carlos IX no quiere emplear la espada contra los herejes, será preciso encerrarlo en un convento (4). Durante años enteros, los ministros de la religion, segun el testimonio de un contemporáneo, fueron "trompetas de sedicion, verdaderos botafuegos, predicadores de sangre y de carnicería,, Sobre ellos, pues, recae la responsabilidad de los asesinatos cometidos en toda Francia (5). El famoso Boucher predicaba incensantemente que "era preciso matar y exterminar; excitaba al pueblo con gestos y palabras atroces á

perseguir á los políticos y deshacerse de ellos,, Todos los predicadores hacian otro tanto: "Esa era, dice un testigo ocular, la jurisprudencia de los monjes y predicadores del tiempo, quienes juzgaban los parricidios y los asesinatos más execrables como milagros y obras de Dios,, (1). Se imputan á la Revolucion francesa como un crimen los excesos del 93: ¿qué decir de los excesos de la Liga? Trascibamos, para edificacion del siglo XIX, las máximas propaladas por los que se llaman oradores sagrados:

"Francia está enferma; y no se repondrá de esta enfermedad si no se le da una pocion de sangre francesa.,

"Es necesaria una sangría, y así es preciso cortar la enfermedad.,

"La muerte de los políticos es la vida de los católicos,, (2).

Recordemos que son sacerdotes, unguidos del Señor, los que enseñaban esas horribles máximas, y que al predicarlas sólo cometian un yerro, el seguir demasiado fielmente la doctrina de los teólogos: ¡en el sermón pronunciado en la inauguracion del concilio de Trento, dice el obispo de Bitonte que la crueldad con los herejes era una verdadera misericordia!

Los católicos tienen un medio bien cómodo de ponerse al abrigo de todas las acusaciones: la Iglesia, dicen, no es responsable de los excesos de algunos hombres, la Iglesia no ha predicado el asesinato, la Iglesia no es cómplice de los horrores de la Liga. Pero ¿no son los papas los jefes y los órganos infalibles de la Iglesia? Cuando los papas aconsejan y ordenan, ¿no es la Iglesia quien habla y quien obra? Ahora bien, el papado fué quien inspiró á la Liga. El fin de los coaligados era la destruccion del protestantismo; y ¿qué fué lo que destruyeron, sino el exterminio de los herejes? Su último pensamiento fué consagrado á la santa Liga: tenia dinero en una cajita destinado á limosnas, y dos días ántes de su muerte ordenó á su tesorero que lo pusiera á disposicion de los coaligados (3). Sus sucesores dieron á la Liga la autoridad de su nombre: Gregorio XIII la aprobó en 1584, des-

(1) L'ESTOILE, Mémoires (PETITOT, t. XLVI, p. 140).

(2) Journal de L'ESTOILE (LABITTE, La démocratie de la Ligue, p. 78).

(3) Sermons de VIGOR, évêque de Xaintes, t. II, p. 25.

(4) DE THOU, Histoire universelle, lib. XLIV.

(5) LABITTE, La démocratie de la Ligue, p. IX.—L'ESTOILE (PETITOT, XLVII, 87).

(1) L'ESTOILE (PETITOT, t. XLVI, p. 47, 9).

(2) LABITTE, La démocratie de la Ligue, p. 50.—L'ESTOILE (PETITOT, t. XLVI, 143).

(3) RANKE, Die römischen Päpste, t. I, p. 378.

echando el escrúpulo de conciencia que tenían los jefes en sublevarse contra su rey (1); Gregorio XIV le prometió su apoyo espiritual y temporal (2). Pidieron los coaligados al papa que enviase un legado al ejército para consagrar una tan santa empresa, haciendo conocer á toda la cristiandad que estaba dirigida bajo las órdenes y banderas de Su Santidad, que Su Santidad era el jefe, que le pertenecía la gloria y el mérito, como, por su parte, todos los católicos protestaban deferir á él en todo y combatir bajo su nombre y enseñas (3). Gregorio XIV respondió á este deseo. ¿Cuál fué el primer acto del embajador pontificio? Un acto de rebeldía contra el rey legítimo: "Los jefes de la Liga, clérigos y laicos, fueron unos tras otros, luego que se hubo cantado la misa, á jurar sobre el libro de los Evangelios, que estaba abierto delante del legado vestido del pontifical, emplear sus vidas en la conservacion y defensa de la religion católica, apostólica y romana, y no prestar jamas obediencia á un rey hereje,, (4). El legado dió con su presencia en París la consagracion del papado á todos los crímenes que se cometieron en nombre del catolicismo. Si hay un nombre que merezca la infamia, es el de los Diez y Seis; pues bien, el santo padre envió su bendicion apostólica á sus queridos hijos, los Diez y Seis, y los exhortó "á perseverar constantemente,, despues de haber tenido "tan bello y laudable comienzo,, y les asignó al propio tiempo socorros pecuniarios, "áun superiores á sus medios y más de lo que sus cajas permitian,, (5). Había en Francia sinceros católicos que se negaron á asociarse á un partido cuyas armas eran la sedicion y el asesinato. En esta division de los fieles, ¿por quiénes se pronunció el papa? El papa dice al duque de Nevers: "Los católicos que han seguido el partido de Enrique IV son hijos bastardos, y LOS DE LA LIGA SON LOS VERDADEROS HIJOS LEGÍTIMOS, LOS VERDADEROS BOTARELES Y AUN LOS VERDADEROS PILARES DE LA RELIGION CATÓLICA., Durante el curso de la negociacion para la reconciliacion de Enrique IV, no cesó el papa de sostener á los de la Liga, á los súbditos rebeldes y criminales, y "alabó todas sus

(1) Véanse las propias palabras del papa, referidas por el jesuita Matthieu, el célebre correo de la Liga, en las Mémoires du duc de Nevers, t. I, p. 656.

(2) Bula de 1590 (ISAMBERT, Recueil des anciennes lois françaises, t. XV, p. 19).

(3) Mémoires de la Ligue, t. III, p. 323.

(4) PALMA CAYET, en PETITOT, t. XL, p. 84.

(5) PALMA CAYET, en PETITOT, t. XL, p. 223.

acciones,, (1). ¿Se dirá todavía que nada tiene la Iglesia de comun con la Liga? Hay un acto más sangriento, una mancha más negra de que tratan tambien en vano los católicos de lavar á la Iglesia: ella fué, fué su fanatismo quien convirtió á los hombres en bestias feroces en la noche funesta de San Bartolomé.

#### § IV.—La Saint-Barthélemy.

##### L

Un grande historiador dice, hablando de la noche de San Bartolomé, que no hay nacion cuyos anales registren un ejemplo de semejante crueldad (2). Los Franceses no fueron, á decir verdad, sino el instrumento de la Iglesia; y no es á la mano que hiera á quien la historia debe perseguir con sus maldiciones, sino al que inspira el crimen. Ahora bien, sólo las pasiones religiosas, exaltadas hasta el frenesi, hicieron posible el crimen; el catolicismo, y no la Francia, es, pues, el culpable. Los defensores de la Iglesia protestan enérgicamente contra esta acusacion, y á oírlos, "la religion fué completamente extraña á la matanza, y no tuvo parte en ella ni como motivo, ni como consejo, ni como agente,, (3). Los hechos prueban precisamente lo contrario de todas estas alegaciones. Cuando decimos que el catolicismo es responsable del crimen más espantoso que mancha los anales modernos, no pensamos en acusar la enseñanza del Cristo, sino la doctrina de dominacion y de orgullo que los obispos de Roma han erigido sobre el fundamento de algunas palabras del Evangelio. Decid á un hombre que es el representante de Dios en la tierra, decid á una Iglesia que sólo ella posee la verdad revelada por Dios, y daréis á ese hombre y á esa Iglesia la ambicion juntamente legítima y monstruosa de someter todas las inteligencias á sus leyes: pues que estas leyes son las de Dios, el que pretenda sustraerse á ellas es un enemigo de Dios; y si la sociedad puede ensañarse contra los que desprecian las leyes humanas, ¿qué no será lícito contra los que violan las leyes divinas?

(1) Mémoires du duc de Nevers, t. II, p. 414.—PALMA CAYET, en PETITOT, t. XLII, p. 49.

(2) DE THOU, Histoire universelle, lib. LIII.

(3) Dissertation de l'abbé de Caveyrac sur la Saint-Barthélemy (Archives curieuses, serie I.<sup>a</sup>, t. VII, p. 475).

Hé ahí las máximas que extraviaron á los católicos de Francia en el siglo XVI. Las últimas palabras que resonaron en los oídos de Carlos XI, ántes de que se le escapara la órden fatal de la matanza, fueron lugares comunes de teología: "¿No vale más, dice Catalina de Médicis á su hijo, destrozar esos miembros podridos que el seno de la Iglesia, Esposa de Nuestro Señor? Y acabó con un rasgo tomado de los sermones del obispo de Bitonte: *La compasion sería una crueldad, mientras que la crueldad será misericordia*," (1). En vano se dice que no existe ninguna relacion entre esta doctrina teológica y el pensamiento de la horrible carnicería que ensangrentó á Paris y á las provincias. Con la historia en la mano respondemos que la matanza fué predicada allí donde no se debían hacer oír sino palabras de caridad. De tal manera estaba pervertido el sentido moral entre los católicos, que eran considerados como una obra de caridad la muerte y hasta el asesinato. Ya en 1554, largo tiempo ántes de comenzar las guerras civiles, provocaba el dean de San German al rey al exterminio de los protestantes, aconsejándole que empleara la astucia y la perfidia: "El rey, dice este digno ministro de Dios, debería durante cierto tiempo fingirse entre ellos luterano, á fin de que, dándoles ocasion de que se reunieran públicamente en todas partes, se pudiese echarles mano á todos y purgar de una vez el reino," (2). Otros predicadores, como ya lo hemos dicho, encontrando demasiado tibio al rey, excitaban á una matanza popular: un franciscano predicaba dos veces al día, "con gran facilidad de lengua y de espíritu, animando al pueblo á tomar las armas," (3). En los primeros meses del año funesto de la San Bartolomé, decía pestes un obispo contra el rey, porque no ordenaba matar á los hugonotes, y excitó públicamente al duque de Anjou á que emprendiera la obra por sí mismo, "no sin darle cierta esperanza de primogenitura, como Jacob la habia logrado respecto de su hermano Esaú," (4). Sabido es que el duque de Anjou jugó un papel criminal en la

(1) D'AUBIGNÉ, *Histoire universelle*, t. II, p. 16.—Con aplauso de los Padres se opuso en el concilio de Trento esta misma máxima á los que pedían que se hicieran concesiones á los protestantes y se les tratara con dulzura: *crudelis sane hæc esset misericordia*, dice un teólogo español (RAYNALDI, *Annales*, ad a. 1563, núm. 96).

(2) BAYLE, *Dictionnaire*, en la palabra *Rose*.

(3) *Lettres de PASQUIER*, IV, 12, 13.

(4) LABITTE, *La démocratie de la Ligue*, p. 8.

conjuracion que precedió á la jornada del 24 de Agosto. Los protestantes no han calumniado, pues, á los católicos imputándoles la idea de una matanza general de los hugonotes (1).

La historia ha agravado el crimen de la San Bartolomé, suponiendo que fué largamente premeditado por el desgraciado rey que dió la órden de la matanza; y, cosa notable, los apologistas del crimen son los que han inventado esta pérfida premeditacion para convertirla en honor de los culpables. Empero, si la órden dada por Carlos IX fué el resultado de un raptó de cólera excitada por odiosas provocaciones, es lo cierto que los jefes del partido católico alimentaban desde largo tiempo el pensamiento de la matanza; y á juzgar por el lenguaje de los predicadores, sería preciso decir que ese era el sentimiento general de las masas. Ya en el año 1560 habian concebido los Guisas un plan para la destruccion de los hugonotes: se debía presentar una fórmula de confesion á los habitantes de cada parroquia y condenar á muerte ó desterrar á los que se negaran á suscribir (2). En una acta de dos años despues, atribuida al famoso triunvirato, se halla el famoso proyecto de una matanza general: la comision de exterminar á los hugonotes estaba confiada al duque de Guisa (3). El elogio de una larga premeditacion que los admiradores de la San Bartolomé han tributado á los autores de la matanza no es, pues, tan inmerecido como se cree: si el rey no es culpable de esa perfidia, lo son tanto más los que la inspiraron. Poco importa que las circunstancias en que se hizo la matanza no fueran traídas por un cálculo satánico: el pensamiento del asesinato preexistía, y esto basta para execrar á los asesinos.

Cuando oimos á sacerdotes, monjes y obispos predicar una matanza general ántes de la San Bartolomé, ¿se podrá decir todavia que el catolicismo fué extraño á las bodas sangrientas? No pudiendo salvar á los católicos de Francia del crimen de complicidad, los defensores de la Iglesia tratan de salvar á lo ménos al papado. Es lo cierto que la

(1) LANGUET escribe, en 1563, que la muerte de 200 ó 300.000 hugonotes no espanta á los católicos: en ménos de treinta años, decían, nacerán más. LANGUET añade: «Cohorrescebam ad tales voces» (*Epist. Secr.* 1, 72).

(2) MARTIN, *Histoire de France*, t. IX, p. 53 y sig., dice que la autenticidad del plan, en cuanto al fondo, no es dudosa.

(3) *Mémoires de Condé*, t. III, p. 212.—CAPEFIGURE (*Histoire de la Réforme*, t. II, p. 241) dice que ha visto el original del acta.

noticia de la matanza fué recibida en Roma con júbilo y celebrada como una victoria del catolicismo sobre la herejía; mas este testimonio abrumador se desvanece bajo la pluma de los escritores católicos y se convierte en una manifestacion inocente, legítima: "¿De qué se felicitó la corte de Roma? dice Mr. de Falloux (1). De un triunfo súbito, inesperado, de los católicos contra los protestantes: triunfo que en ninguna parte se presentó en los primeros momentos bajo su verdadero aspecto y con el carácter de la perfidia y del asesinato, sino como el resultado de una conflagracion inopinadamente suscitada por consecuencia del atentado de los Guisas contra el almirante Coligny, ó como la represion de una tentativa de los hugonotes contra la persona del rey." Comparemos esta defensa con los testimonios contemporáneos, y los hechos decidirán en este grave debate.

La fábula de una conspiracion de los hugonotes fué inventada despues del hecho por los autores de la matanza, para cubrir su crimen á los ojos de aquellos á quienes no querían poner en el secreto. ¿Es que el papa era de este número? ¿Ignoraba los proyectos de los católicos de Francia? ¿Se creyó, siquiera por un instante, en Roma en la realidad del complot contra la vida del rey? No conocemos los secretos de los archivos del Vaticano, y se tiene buen cuidado de no entregarlos á la publicidad; pero los testimonios de los contemporáneos nos autorizan á creer que se conocían en Roma los designios de los asesinos (2), y que se deseaba el exterminio de los hugonotes. El embajador de Francia en Viena afirmó al emperador "que no faltaban personas en Roma que hubieran deseado hacer tiempo que sin ningun pretexto se hubiese dado muerte á todos los de la nueva religion, á CUALQUIERA COSTA QUE FUESE." El emperador, por su parte, aseguró que se le habia escrito de Roma, á propósito de las bodas del rey de Navarra, en estos propios términos: "QUE EN ESTE MOMENTO EN QUE TODOS LOS PÁJAROS ESTABAN EN LA JAULA, SE LES PODÍA COGER Á TODOS JUNTOS, Y QUE HABÍA QUIENES LO DESEABAN." El emperador refirió, además, al embajador que se le participaba de Roma "que el cardenal de Lorena habia dicho que todo se habia deliberado ántes de que él

(1) *Le Correspondant*, t. IV, p. 145.

(2) Es también la opinion de RANKE, *Die österr. ischen Päpste*, tomo II, p. 67.

saliese de Francia," (1). Estos hechos destruyen el sistema de defensa de los católicos: si hacia largo tiempo que se deseaba la matanza en Roma; si se esperaba que la hubiese, no se podía dar fe á la conjuracion de los hugonotes. Poco importa que este cuento se propalara en Roma; si lo fué, no encontraría muchos crédulos en la corte pontificia, porque el papa estaba informado por el agente que tenia en Paris: su nuncio le envió una informacion exacta de lo que habia pasado. Hé ahí un segundo testimonio contra el jefe de la Iglesia, y es tan decisivo que sus defensores han negado el hecho (2); ¿qué no niegan ellos en interes de su causa? Pero el informe existe, y no dice una palabra de conjuracion; describe la matanza, y felicita por ella al santo padre como de una feliz bienvenida para su nuevo reinado (3). Si el papa conocía los detalles de la matanza, adquieren una inmensa importancia las fiestas celebradas en Roma despues de la San Bartolomé. Por sí solas, de otra parte, abstraccion hecha de todo lo que acabamos de decir, son un testimonio irrefragable contra el papado y contra la Iglesia.

Si se hubiera recibido en Roma la falsa noticia de una conspiracion tramada por los hugonotes contra la vida del rey, comprenderíamos que el triunfo de los católicos hubiera merecido ser celebrado; pero ¿fué por haber fracasado una conspiracion, fué por la salud de Carlos IX, por lo que el papa dió gracias á Dios? Los contemporáneos dicen que se hizo en Roma "todo lo que se acostumbra á hacer cuando se han recibido noticias de la mayor victoria que pueda la Iglesia alcanzar contra sus enemigos." Se dispuso que "el papa iria con los cardenales á la iglesia de San Márcos para dar gracias solemnes á Dios por el bien que habia hecho á LA SEDE DE ROMA Y Á TODA LA CRISTIANDAD; y además, que el lunes siguiente se celebraría por el mismo motivo una misa solemne en la iglesia de la Minerva, que asistirían á ella el papa y los cardenales, y que despues SE PUBLICARÍA UN JUBILEO POR TODA LA CRISTIANDAD. Llegada la tarde, disparó muchos cañonazos el castillo de San Ánge-

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, tomo IV, Apéndice, p. 13.

(2) El abate ROHRBACHER dice que el papa no conocía los acontecimientos de Paris sino por las relaciones oficiales (*Histoire de l'Église*, t. XXIV, p. 564).

(3) SOLDAN, *la France et la Saint-Barthélemy* (RAUMER, *Historisches Taschenbuch*, 1854, p. 192-195).